

La inquietud propagóse también al Cuerpo legislativo, á pesar de la inquebrantable lealtad de éste y á pesar de la desconfianza con que miraba el exceso de toda demostración que debilitara el poder; y muy grandes debieron ser, en verdad, las alarmas, para que, por vez primera desde el comienzo del reinado, la emancipación llegase hasta la indocilidad.

Habían terminado los debates del mensaje, y no existiendo el derecho de interpelación, la votación de la *ley del contingente* pareció ocasión oportuna para abordar la cuestión magna que preocupaba á todo el mundo. El 27 de abril, Emilio Ollivier anunció las intenciones de sus amigos: «Deseamos aprovechar la discusión del contingente, dijo, para dirigir al gobierno una advertencia. — Decid un consejo,» exclamó interrumpiéndole con cierta viveza el presidente como si quisiera poner de antemano un freno á los que habían de envalentarse hasta el exceso.

El jueves 3 de mayo púsose la ley en el orden del día; pero ¿quién pensaba en la ley? ¿Acaso era ésta otra cosa que el pretexto que había de hacer renacer el antiguo derecho de interpelación en otro tiempo abolido? La novedad del espectáculo, la gravedad de las circunstancias, la esperanza de explicaciones que iluminasen algo la obscuridad de los sucesos, todo excitaba extraordinariamente la atención. Las tribunas del cuerpo diplomático y las reservadas al público se llenaron mucho antes de la hora en que la sesión debía empezar, y además era tal la afluencia de senadores que parecía que el Palacio Borbón se hubiese trasladado todo al Luxemburgo. Los miembros de la alta Cámara acudieron á la de los diputados, unos por curiosidad y otros para distraer sus ocios porque una especie de fatalidad irónica había dispuesto que la orden del día del Senado disminuyera en importancia á medida que aumentaban las preocupaciones públicas: aquellos personajes ilustres, casi todos hombres de talento distinguido, se ocupaban, en aquel entonces, muy especialmente en una ley sobre los *instrumentos de música mecánica*, que muchos juzgaban anticonstitucional.

La intención del gobierno era dar espontáneamente algunas explicaciones á la Cámara, y una vez hecha esta concesión á la ansiedad pública, fundarse en ella para evitar cualquier debate más profundo. Con este propósito, apenas comenzada la sesión, el ministro señor Rouher pidió la palabra y expuso, con laconismo no acostumbrado en él, el programa del gobierno: dijo que Francia deseaba la paz, desaprobaba cualquier provocación, viniese de donde viniese, y se abstendría de ayudar á Italia; añadió, juzgando algo temerariamente que las cuestiones que se debatían no afectaban al honor ni á la dignidad del país, que la mejor política era la neutralidad; y afirmó, finalmente, que Francia, en previsión de todas las eventualidades, quería conservar, enfrente de las potencias comprometidas, su libertad de acción. La Cámara aplaudió este discurso, especialmente el párrafo en que se reprobaba toda agresión que partiera de Italia; pero, por grandes que fueran los testimonios externos de adhesión, la esperanza de sofocar el debate quedó defraudada. La oración oficial se juzgó menos notable por las declaraciones que contenía que por todo lo que dejaba envuelto en sombras; el gobierno, que se había hecho la ilusión de calmar la

curiosidad pública adelantándose á ella, lo que hizo fué, como pudo verse en seguida, avivarla.

Así que se hubo sentado el Sr. Rouher entre murmullos de aprobación, acercóse Thiers al presidente de la Cámara, que desde la muerte del Sr. de Morny lo era el Sr. Walewski, y valiéndose de los antiguos vínculos de familiaridad que con él le unían, le dijo en voz baja: «Os ruego que á toda costa me concedáis la palabra, pues tengo que hacer importantes declaraciones.» La súplica era inútil, porque la Cámara, restablecido el silencio, disponíase á escuchar al que había de llegar hasta el fondo de aquello que el Sr. Rouher no había hecho más que tocar superficialmente.

Aquel día fué para Thiers el más grande de su vida parlamentaria; su discurso no se pareció á ninguno de los que había pronunciado, pues desde las primeras palabras se remontó á alturas adonde llegaba muy pocas veces y siempre gradualmente. Todo contribuyó á que se excediera á sí mismo, la majestad del asunto, la gravedad del peligro, la comunicación íntima que en seguida se estableció entre él y el auditorio. No hubo en aquella oración repeticiones ni redundancias, ninguna pesada precaución oratoria, ninguno de esos artificios personales que parecían impertinencia ó fatuidad; al contrario, fué un discurso concreto, arrebataador, emocionado, con cierta solemnidad, aunque sencilla y natural, como convenía en circunstancias tan decisivas: «Vengo, dijo, á defender esa cosa santa y sagrada que se llama el derecho y que hoy se ve pisoteada... Vengo á defender esa otra cosa no menos santa, no menos comprometida que se llama la paz;» y después de haber anunciado en estos términos sus propósitos, el orador expresó su voluntad de no realizarlos si la Cámara no le autorizaba para ello formalmente. «Hablad, hablad,» gritaron de todos lados sin preocuparse del ministro que acababa de encarecer la oportunidad del silencio. Seguro ya de que podía hablar con entera libertad, Thiers recordó en concisos y conmovedores párrafos los destinos de Dinamarca, de esa nación honrada y fiel, valiente para defender lo suyo, incapaz de codiciar lo ajeno, y al llegar al relato de sus recientes desgracias, dijo: «En verdad que de algunos años á esta parte han sucedido cosas extrañas en Europa. Un romano decía en plena época de proscripciones: «¡Maldita casa de Alba, ¡me costará la vida!» Pues bien, hoy pueden decir otro tanto los pequeños Estados de Europa. ¿Sois una potencia poco temible? ¿Poseéis un territorio muy fértil que no puede hacerlos muy fuertes, pero que redondearía los Estados de un vecino poderoso y lleno de ambición? ¿Tenéis algún puerto de aguas profundas que pueda recibir una gran escuadra, ó algún extremo de un canal que pueda unir dos grandes mares? ¿Hablan vuestros súbditos el mismo idioma que los del poderoso vecino? ¡Desgraciados de vosotros! Así le ha sucedido á Dinamarca, que tenía todo esto: territorio fértil, gran puerto, canal y súbditos que hablan la lengua alemana, la lengua de los prusianos. Esos hermosos ducados han sido arrebatados en nombre de la Confederación germánica ó, como ahora se dice, en nombre de la patria alemana; luego los conquistadores se los han quedado para sí, y, por último, después de haberlos tomado á medias con Austria, le dicen á ésta: O me los dejáis ú os declaro la guerra.»

Lo que siguió fué la denuncia de las ambiciones prusianas, y en esta parte de su discurso el orador no omitió nada, ni los abusos de la fuerza ni los simulacros de la justicia. La Cámara, dócil el día antes y que había de volver á serlo al día siguiente, se había olvidado en aquellos momentos de mirar á sus directores, y subyugada y conquistada, aclamaba al ex ministro de Luis Felipe, como hubiera aclamado al propio Sr. Rouher; no se oyó una interrupción ni un murmullo, reinando en el salón un silencio profundo, interrumpido sólo por salvas de aplausos que se calmaban para reproducirse luego con más fuerza como si los oyentes sintieran escrúpulos de no haber demostrado de una manera bastante clara sus simpatías. Los comisarios del gobierno, algo despechados, pero procurando conservar la calma, contemplaban con estupor aquel auditorio, comúnmente tan manejable y que en vano habrían querido en aquel momento contener ó dirigir. Los mismos servidores del imperio no disimulaban su aprobación: «Jamás he oído nada tan enérgico ni tan hermoso,» murmuraba el señor Fould; y el presidente Sr. Walewski, aquel íntegro y previsor consejero de Napoleón, á duras penas podía mostrarse indiferente. Thiers continuó: «Prusia, si la guerra le es propicia, conservará una parte de Alemania bajo su autoridad directa y otra bajo su autoridad indirecta, y sólo admitirá en el nuevo orden de cosas al Austria como protegida; pero esa Prusia engrandecida y sobre todo asociada á Italia es la resurrección del Austria de otro tiempo asociada á España... es la reconstitución del imperio de Carlos V.»

Después de pronunciada esta frase grandilocuente, dedicóse Thiers á demostrar (cosa ciertamente muy fácil) que el interés francés y el del equilibrio europeo obligaban á combatir esa política, y con mucha energía, y también con mucha previsión, rechazó la idea mezquina de las indemnizaciones, de las compensaciones: «Sería vergonzoso, dijo, consentir en recibir un salario para la grandeza de Francia, indignamente comprometida en un porvenir próximo.» Al llegar á este punto de su discurso, el orador se detuvo como extenuado, sea que realmente le hiciera traición la fatiga, sea que recurriera á aquel artificio para dar más valor á sus esfuerzos y dominar aún mejor á la asamblea. Quedábale, sin embargo, una misión que cumplir, la de investigar los medios para evitar el conflicto: «Para conservar la paz, dijo, es preciso dirigirse, no al Austria, sino á Prusia.» Y rectificándose, añadió: «Quizás debería decir que *habría sido* preciso dirigirse á Prusia, porque tal vez es ya demasiado tarde.» Pero en seguida, tratando de sacudir aquella idea descorazonadora, pasó á indicar el lenguaje que tendría que emplearse para refrenar las temeridades prusianas: hay, dijo, el lenguaje enérgico, que consistiría en decir á Prusia: eres tú y no el Austria la que amenazas la paz del mundo, y nosotros no lo consentiremos; hay también el lenguaje más suave, pero bastante claro para que sea comprendido, y que se resumiría en una negativa lisa y llana de cooperación; y hay, finalmente, otra actitud, menos agresiva todavía, pero que por sí sola bastaría para provocar en Berlín útiles reflexiones, y que se reduciría á contener á Italia en el camino de la alianza con Prusia, la cual, viéndose escaparse la Italia, perdería á la vez toda esperanza de tener á Francia por cómplice y desde aquel mo-

mento vacilaría sin duda en llevar hasta el fin sus propósitos.

Cuando Thiers se sentó, presencióse un espectáculo que desde los comienzos del imperio no se había visto y que no había de reproducirse hasta fines del reinado: casi todos los diputados fueron á estrechar la mano al orador de la oposición y durante más de un cuarto de hora sólo se oyó un confuso murmullo de muestras de aprobación y de ruidosas conversaciones que recalaban la importancia de las conclusiones del discurso. ¿Quién era el que gobernaba la Cámara? ¿El presidente?, ¿el señor Rouher? ¿No era más bien el que tres años antes había tenido que luchar contra todas las fuerzas oficiales para conquistar su mandato parlamentario? Como no existía el derecho de interpelación y la discusión se había promovido con motivo de una ley especial, no hubo votación: de suerte que la independencia de los diputados no se vió sometida á una prueba ruda y que ninguna huella material quedó de la manifestación colectiva. A petición del ministro de Estado, volviéndose á la orden del día y la ley del contingente fué aprobada con distraído apresuramiento que contrastaba con el tumulto de las emociones recientes y apenas calmadas. Pero la advertencia, aun sin ir acompañada de la sanción de un escrutinio, merecía ser meditada. Aquel incidente fué tan sólo una hora de fugaz emancipación entre la docilidad de la víspera y la del día siguiente; y, sin embargo, ¡cuánto interés no ofrece el estudio de aquella hora! La sesión del 3 de mayo puede calificarse con estas palabras: fué la manifestación del buen sentido nacional. Y el honor de aquella manifestación correspondió por igual al que la provocó y á los que á ella se asociaron. Pero, por grande que fueran las ovaciones de la Cámara, la memoria de Thiers había de recibir un homenaje más precioso, que le tributarían no sus amigos, sino el propio adversario: «Thiers, ha dicho el historiador alemán Sybel, encarnó en aquellas circunstancias el alma misma de su patria.»

## XII

He oído referir á varios contemporáneos que la demostración del 3 de mayo, lejos de hacer volver al emperador á la política de paz y de equilibrio territorial, despertó en él una de aquellas cóleras frías y sordas que con raras intervalos se agitaban en su alma tranquila y acababan por exteriorizarse en acentos irritados. El día 6 de mayo, encontrándose en el departamento del Yonne con motivo de un concurso agrícola nacional, parecióle favorable aquella ocasión para rechazar públicamente opiniones tan injuriosas como inconvenientes, y en su respuesta al alcalde de Auxerre vivió los recuerdos de Napoleón I con palabras que sonaron á belicosas. Con una aspereza de lenguaje completamente insólita en él, añadió que «detestaba aquellos tratados de 1815 que algunos querían convertir en base de la política exterior,» y luego, dirigiéndose á los que le rodeaban, vicultores de la Borgoña, armaderos de los canales y leñadores del Morván, gentes cuyos antepasados habían aclamado hacía poco el imperio revolucionario y guerrero, prosiguió en los siguientes términos: «Entre vosotros respiro á gusto, porque entre las poblaciones de las ciudades y del campo encuentro el verda-

dero genio de la Francia.» Al día siguiente fué conocido en toda Europa el discurso imperial, *el discurso de Auxerre*, como se le denominó, reconociéndose unánimemente que era la respuesta á Thiers, la respuesta al Cuerpo legislativo...

¿A quién debía creerse, sin embargo? Hasta entonces el emperador había prodigado á Prusia las seguridades más benévolas y aun había hecho más, puesto que por sí mismo había llevado á Berlín á la Italia desconfiada y vigilante; pero durante aquel mes de mayo de 1866, es decir, durante las semanas que precedieron á la guerra, nótese en él cierto temor, el de haber destruido demasiado abiertamente en favor de Prusia aquella especie de equilibrio que finge mantener, importándole restablecer entre los dos futuros beligerantes aquella igualdad de trato, por lo menos aparente, que en el curso de las hostilidades le permitirá intervenir como mediador imparcial. De aquí cierta conversión hacia el Austria, conversión que tomará el carácter de favor si Viena deja entrever la emancipación de Venecia. De esta suerte, al acercarse el momento decisivo, la política francesa se complica hasta el punto de sustraerse á todo análisis. En medio de esta confusión destácanse tres acontecimientos que llenan aquel mes de mayo, el que precedió inmediatamente á la lucha: en primer lugar, una negociación muy secreta para asegurar por medio del Austria la libertad de Venecia; en segundo, una negociación, más secreta todavía, que durante unos días sostienen los gobiernos de Berlín y Viena; y, finalmente, un proyecto de congreso que entre todos los aspectos de la guerra aparece como una última y fugitiva imagen de la paz.

En la noche del 4 de mayo, mientras todo París se ocupaba del discurso de Thiers, el emperador llamó á las Tullerías al Sr. Nigra y le comunicó una proposición recientemente remitida por el Sr. de Metternich. En ella Viena pedía á Francia y á Italia que se obligasen á observar la neutralidad más estricta: en lucha Austria y Prusia solas, lisonjébase aquella de obtener la victoria y de conquistar la Silesia, que sería la compensación de las provincias vénetas, las cuales prometía Francisco José ceder á Napoleón, quien á su vez podría cederlas á Víctor Manuel. «¿Es formal esta proposición?» aventuróse á preguntar Nigra después de haber escuchado aquellas combinaciones. «Es formal, respondió el emperador; y á ella he contestado pidiendo un plazo para reflexionar, pero declarando que en todo caso la cesión debería realizarse antes de la ocupación de la Silesia.» Después de una pausa, el soberano añadió: «¿Estáis irrevocablemente ligados á Prusia?» Y pidió que de memoria le dijese el contenido del convenio. Precisamente los prusianos y los italianos no estaban de acuerdo acerca de este punto y el rey Guillermo pretendía que el documento de alianza que obligaba á Italia á tomar las armas al mismo tiempo que Prusia, no obligaba en el mismo grado á Prusia á socorrer á Italia contra el Austria. «He aquí una interpretación extraña,» dijo el emperador, añadiendo que tal vez de esto podría deducirse un motivo para denunciar el tratado.

Aquella misma noche un despacho cifrado llevó á Florencia la noticia del proyecto. El Austria, hasta entonces rebelde á todo sacrificio territorial, había escogido con bastante habilidad el momento oportuno para

dividir á sus adversarios. Todos los irritantes debates que precedieran al tratado de 8 de abril habían sobrevivido al mismo, y Bismarck, en sus entrevistas con Govone, limitábase las más de las veces á dar seguridades generales: «Fiad en la marcha irresistible de los acontecimientos,» le decía. Y en Berlín, en medio de todos los preparativos de la guerra, todavía se hablaba, de cuando en cuando, de las vacilaciones, de los escrúpulos del rey. En medio de esa tirantez, ¿no llegaría el proyecto austriaco en ocasión oportuna para ofrecer á la sutileza italiana un pretexto para vengarse de los equívocos prusianos? Sin embargo, aun siendo tan grande la tentación, La Mármora pareció espantarse desde el primer momento del perjurio: «Juzgando por mi primera impresión, telegrafíó en 5 de mayo, entiendo que es una cuestión de honor y de lealtad no separarnos de Prusia.» A la mañana siguiente, Napoleón, en el momento de partir para Auxerre, llamó de nuevo á Nigra y le dijo: «El príncipe de Metternich ha recibido autorización para consentir en la cesión de Venecia á cambio de una simple promesa de neutralidad.» De manera que Austria acentuaba sus ofrecimientos y en vez de un sacrificio eventual formulaba una renuncia pura y simple. Nigra, hondamente afectado, pesaba, no sin cierta ansiedad, las ventajas y los peligros de una aceptación ó de una negativa: las probabilidades inciertas de la lucha, el formidable aparato militar del Austria, la actitud cautelosa de Prusia, todas estas consideraciones inducían á no desdeñar la donación gratuita durante tanto tiempo codiciada; pero, por otra parte, Italia, dueña de Venecia merced á Napoleón y con olvido de sus compromisos, ¿no perdería en descrédito moral lo que en poder material ganara? Govone, que había podido penetrar mejor que nadie las intenciones de Bismarck, recibió orden de marchar á París, pero no fué recibido por el emperador, el cual, según se asegura, temió que la entrevista se divulgara; en cambio celebró varias conferencias con el representante de Italia, el Sr. Nigra. Según éste, el general opinaba que sería poco leal y muy difícil sustraerse al tratado, cosa que, sin embargo, no le asustaba: «Si nos entendiéramos directamente con el Austria, escribía á Florencia, no haríamos más que lo que haría la misma Prusia si su interés la impulsara á ello.» ¿Qué resolvería La Mármora? El tratado era por tres meses, de los que había ya transcurrido uno: ¿no sería posible que la situación se prolongara hasta que la expiración del tratado devolviera su libertad á los contratantes? Según parece, el jefe del gabinete de Francia vislumbró y acarició esta idea; pero siendo imposible este aplazamiento, decidió, aunque sin entera confianza, entregarse á Prusia, su aliada: en este sentido estaba redactado un telegrama que á mediados de mayo dirigió al representante de Italia en París (1).

Estas negociaciones no habían escapado á la vigilancia de los diplomáticos prusianos: el Sr. Goltz había descubierto en París la pista de las mismas; el Sr. Ussedom aludía á ellas desde Florencia, y poco después Bismarck decía al Sr. Benedetti: «Poco trabajo os costaría inducir á Italia á que faltase á sus compromisos.» Pero Prusia, que temía ser traicionada, ¿era acaso más

(1) Véase La Mármora, *Un peu plus de lumière, passim*. Informe del caballero Nigra al príncipe de Carignano, junio de 1866.

fiel á la alianza? Según parece, por aquel mismo tiempo tuvo durante algunos días, y aun comenzó á realizarlo, el plan de entenderse directamente con Viena. Fué una negociación puramente oficiosa, sobre la cual se guardó el más profundo secreto y del que sólo sabemos lo que nos han dicho las publicaciones alemanas. Las relaciones entre las diversas cortes germánicas eran demasiado frecuentes para que en vísperas de una lucha que había de trastornar toda la antigua Confederación, no surgieran muchos mediadores ansiosos de evitar lo que llamaban una guerra fratricida; pero todas las negociaciones en este sentido se fueron debilitando á medida que aumentaba la intensidad de los rumores de la lucha.

Mientras se hacían estas gestiones secretas, la Europa, que había llegado ya á las extremas fronteras de la paz y de la guerra, presencié una última y solemnisima tentativa de conciliación.

La iniciativa partió de Napoleón, que al principio se había inclinado hacia Prusia y luego, temiendo descubrir demasiado sus preferencias, habíase dejado caer ligeramente del lado de Austria, negociando con ella la cesión de Venecia. Italia, en parte por respeto al tratado de 8 de abril y en parte por repugnancia á recibir por gracia lo que esperaba obtener por la conquista, había dejado pasar el ofrecimiento sin aceptarlo. Mientras tanto, en Francia, el público ansioso repetía el reciente discurso de Thiers, y la arenga de Auxerre, violenta censura contra el antiguo orden establecido, había aumentado la alarma. Al emperador no le asustaba gran cosa la guerra, pues esperaba poder limitarla á su antojo; mas, á pesar de esta esperanza, la gravedad de las circunstancias no dejaba de turbarle un poco. Si Italia se redondeaba con la anexión de Venecia, quedarían cumplidos sus mayores deseos; y éstos se verían coriados si se determinaba la suerte futura de Alemania en una asamblea convocada bajo sus auspicios y por él inspirada. Pero no osaba apenas lisonjearse de que pudiera conseguirse este doble objeto por medio de una conferencia y sin que la paz general se alterase en lo más mínimo; y, sin embargo, nunca habría sido más oportuno que entonces un congreso, dado el estado inextricable en que se hallaba Europa. Al provocar la deliberación de las potencias, el emperador se vanagloriaba de su moderación, pues salvaba las pocas probabilidades de arreglo que aún existían, desconcertaba á los que en su propio país sospechaban que especulaba con los acontecimientos futuros y además se adjudicaba anticipadamente el papel de árbitro. Y si la tentativa fracasaba, tendría él, por lo menos, el mérito de haber querido hacer algo. Con estos propósitos un tanto confusos, sin un plan bien determinado y sin grandes ilusiones, anunció Napoleón su proyecto de congreso, á la manera del jugador que, no sabiendo qué hacer en una partida muy embrollada, juega una carta por creerla no la mejor, sino la menos mala.

Importaba ante todo que las Tullerías se asegurasen la adhesión de las dos grandes potencias neutrales, á saber, Inglaterra y Rusia. Inglaterra había observado, en presencia del conflicto austro-prusiano, una extrema reserva, que no era, sin embargo, indiferencia, y más de una vez había podido el representante de Prusia, Sr. de Bernstorff, notar en los círculos británicos la expresión de la sorpresa escandalizada que producían

las temeridades de Bismarck. En defecto de una intervención más directa, el gobierno de la reina, cuando se dirigía á Berlín y á Viena, aconsejaba á las dos potencias el desarme; y á las interpelaciones formuladas en la Cámara de los lores ó en la de los comunes, contestaban los ministros expresando sus deseos en favor de la paz, si bien añadían: «Por desgracia somos solos é impotentes.» La Gran Bretaña, animada por estos sentimientos, no podía dejar de acoger favorablemente, cuando menos de una manera general, las ideas de Francia. Rusia, aunque más complaciente con Prusia, tampoco vaciló en prometer su cooperación; y habiendo el barón de Talleyrand, embajador de Francia, comunicado al príncipe Gortschakoff el proyecto esbozado en París, contestóle el hombre de Estado ruso: «En este momento multiplicamos en Florencia y, sobre todo, en Viena nuestras exhortaciones para que se llegue á un desarme simultáneo; y aunque deseamos continuar nuestras instancias, estamos dispuestos á apoyar, como postdata, la reunión de un congreso.»

La adhesión, aun siendo sincera, era un poco fría; ¡tan escasas se consideraban las probabilidades de éxito! Y todavía fué más melancólica cuando hubieron de señalarse los límites de las futuras discusiones. El programa trazado por el gobierno de las Tullerías se refería á tres puntos principales: la emancipación de Venecia y las garantías que debían darse al poder pontificio, la suerte de los ducados del Elba y la reforma federal. ¡Cuántos gérmenes de disputa no entrañaba una orden del día tan vasta! Los ingleses hicieron observar, con cierta ironía, que la Gran Bretaña, potencia protestante, no tenía autoridad para determinar la condición del Padre Santo; pero esta crítica pequeña cedió muy pronto á otra más importante. Entre todos los problemas planteados no había uno solo que no debiera resolverse sin un sacrificio por parte del Austria. ¿Habíase previsto la compensación que habría que ofrecerle? Bien mirado todo, el remedio parecía casi tan peligroso como la enfermedad; pero ésta era tan grave que poco se arriesgaba con ensayar un remedio desesperado.

El 26 de mayo, el *Monitor* anunció que habían sido enviadas las invitaciones; y al día siguiente la *Patrie*, en un artículo casi triunfal, dedicóse á calmar las inquietudes públicas y afirmó que la prudencia del emperador sabría conservar la paz. El 29 llegó la adhesión de Prusia; el 1.º de junio, la de Italia, y luego la de la Confederación germánica; y el Sr. Drouyn de Lhuys, con satisfacción algo prematura, hizo notar este principio de éxito. Nada, empero, podría darse por seguro hasta que se conociera la aceptación de Austria. El Sr. de Gramont, que en aquella sazón se encontraba en París, creía que la contestación de ésta sería favorable. El día 3 de junio, el Sr. de Metternich comunicó oficialmente á nuestro ministro de Negocios extranjeros las resoluciones de su soberano: Austria consentía en figurar en el congreso, pero con la condición de que ninguno de los Estados al mismo invitados perseguiría un engrandecimiento de territorio ó un aumento de poder. Esta salvedad, incompatible con el programa de las deliberaciones, equivalía á una negativa; y así lo entendieron los gobiernos de Londres, de San Petersburgo y de París.

Aquel mes que acababa de terminar había sido para

Bismarck el mes de las grandes emociones, y durante el mismo su inteligencia no había cesado de prever y de conjurar toda clase de peligros: peligro por parte de Francia que se había hecho impenetrable; peligro por parte de Italia, esa asociada de continuo fugitiva; peligro por parte de la opinión pública, aterrorizada ante la idea de la guerra; y peligro por parte del rey, que todavía abrigaba intenciones pacíficas. Y cuando bajo la impresión de estos peligros había acariciado y aun comenzado a poner en práctica el propósito de una avenencia directa con Austria, surgía el proyecto de congreso. Oficialmente se había adherido á él, pues no había medio de eludirlo; pero ¡con qué ansiedad había prestado esta adhesión! Porque no se le ocultaba que un congreso apenas le aseguraría los ducados, sin compensaciones y sin esfuerzos. En la noche del 31 de mayo, después de una conferencia con los embajadores de Inglaterra, de Francia y de Rusia, quedóse hablando con el Sr. Benedetti: «¿Qué pensarían en París, le preguntó, si ahora de pronto se rompían las hostilidades? En el actual estado de cosas, es muy poco probable que las negociaciones se vean coronadas por el éxito, y en cambio las probabilidades de éste serían grandes después de una primera batalla.—Guardaos bien de proceder así, replicó vivamente el Sr. Benedetti.—En el presente instante, todo retraso en comenzar la campaña redundará en ventaja de nuestros enemigos, pues los Estados secundarios aprovechan los retardos para completar sus armamentos, y cuando se habrán unido al Austria, la partida ya no será igual (1).» Del exterior llegaban, sin embargo, ciertos avisos tranquilizadores: «El Austria nos salvará del congreso,» escribía desde Florencia el Sr. Usedom. Muy pronto fueron conocidas las condiciones que imponía el gobierno de Viena para tomar parte en las conferencias; entonces Bismarck se sintió tranquilo, bien que no del todo, porque faltaba aún conocer la interpretación que Francia daría á la respuesta de los austriacos. Al fin llegó en 4 de junio un despacho del Sr. de Goltz que confirmaba el fracaso definitivo, con lo que no sólo se desvaneció toda perspectiva de paz, sino que además el Austria, con su negativa, parecía asumir á los ojos del mundo la responsabilidad de haber rechazado las negociaciones. Ante este exceso de felicidad, el primer ministro no pudo contener su alegría. Cuando recibió el despacho estaba presente el Sr. Benedetti; lo leyó delante de éste y luego, agitando en el aire el dichoso telegrama y exhalando en una sola frase su confianza en su patria, en su ejército y en su propia suerte, gritó con voz enérgica: «¡Viva el rey!»

## XIII

Faltaba sólo provocar el último escándalo, de donde habría de salir la guerra.

El mismo día en que Austria tomó la resolución que hacía inevitable el conflicto, Govone, que se disponía á regresar á Florencia, fué por la noche á despedirse de Bismarck, quien le recibió en el jardín del ministerio y desde el comienzo de la entrevista le dijo: «¡Va-

(1) Carta del Sr. Benedetti al Sr. Drouyn de Lhuys, de 31 de mayo (*Ma mission en Prusse*, págs. 129-131).

mos á ver! ¿Quién pegará fuego á la pólvora? ¿Será Prusia? ¿Será Italia?—¿Conocéis positivamente las intenciones del Austria?, preguntó á su vez Govone eludiendo la contestación.—Creo conocerlas, respondió Bismarck, y hacen imposible toda avenencia.» Luego, volviendo al asunto que le preocupaba, añadió: «Me cuesta mucho decidir al rey á que comience las hostilidades, pues para él constituye una religión, una superstición no tomar la iniciativa de una guerra europea. Y mientras nosotros perdemos el tiempo en estas cosas, el Austria y los Estados secundarios completan sus armamentos y nuestras probabilidades de triunfo disminuyen. ¡Cuánto mejor sería nuestra situación si Italia nos enseñara el camino!... En caso necesario, podríais procurar que algún cuerpo croata os provocara. Estad seguro de que al día siguiente de tomar las armas los italianos, pasaríamos nosotros la frontera.» A pesar de estas instancias, Govone nada prometió, invocando los consejos de Francia que desaprobaba toda agresión, y los deseos de su soberano, que se preciaba, sobre todo, de mostrarse moderado. No por esto dióse Bismarck por vencido, sino que al terminar la entrevista dijo á su interlocutor: «Hablad con el rey; hablad con La Mármora.» Iguales sugerencias reprodujo el jefe del gabinete prusiano cerca del Sr. Barral en los días siguientes; pero todo fué en vano, ya que hasta en las últimas horas que precedieron á la guerra, encontramos en el lenguaje de los diplomáticos italianos las huellas de su desconfianza. En el curso de la conversación, Bismarck había dejado escapar la confesión de las negociaciones directamente entabladas por el rey con la corte de Viena, y Govone en sus informes á La Mármora tomó nota de la declaración y se prevaleció de ella para exhortar á su gobierno á que se mostrara prudente: «La sola posibilidad de semejante inteligencia ha de hacer reflexionar seriamente á Italia, porque las consecuencias de un arreglo de tal índole serían incalculables (2).»

Bismarck, no pudiendo conseguir que sus aliados rompieran las hostilidades, hubo de buscar otros pretextos para entrar en campaña. Al iniciarse el conflicto austro-prusiano, había surgido la cuestión de los ducados, que reapareció en el momento del desenlace. Austria, que desesperaba de llegar á un acuerdo con el gabinete de Berlín, había confiado á la Dieta, en la sesión de 1.º de junio, la solución de aquel desgraciado asunto, y además había convocado á los Estados del Holstein para que expresaran sus aspiraciones acerca de su suerte futura. Inmediatamente Bismarck, en una circular dirigida á todos sus agentes, denunció la violación del Tratado de Gastein: «Todos nuestros informes, decía, concuerdan en que Viena ha tomado definitivamente la determinación de hacer la guerra á Prusia.» El general de Manteuffel, que mandaba en el Sleswig, recibió orden de pasar la frontera y penetrar en el Holstein, y el día 8 de junio entró en Kiel, que el general Gablenz había evacuado, replegándose los austriacos sobre Altona.

El estado de guerra existía virtualmente: terminábanse los últimos preparativos militares; los príncipes ha-

(2) Informe del general Govone, de 3 de junio (*Un peu plus de lumière*, págs. 286 y siguientes).

bían ido á unirse al ejército, y la única cuestión era ver quién dispararía el primer cañonazo. Bismarck acariciaba á ratos la esperanza de arrastrar á Italia, y aunque los italianos no se dejaban convencer, las cosas estaban bastante embrolladas para que fuera en adelante quimérico el peligro de verse abandonado. El rey Guillermo, en la audiencia que el día 8 concedió al Sr. Barral, habló de una manera que revelaba un espíritu libre de toda inquietud, declaró que confiaba plenamente en la justicia de su causa, y terminó diciendo: «La vida, como la victoria, está en manos de Aquel que está allí arriba (1).»

También Bismarck confiaba en Dios, pero añadía con acento escéptico que habría escandalizado á su soberano: «No olvidemos que el Dios de la guerra es un Dios caprichoso.» Y este Dios caprichoso podía presentarse, á la hora más impensada, bajo la forma de Napoleón: esta era la cruel, la tenaz preocupación del primer ministro, el cual, en medio del tumulto de las armas, prestaba oído á todos los rumores procedentes de Francia. Como las necesidades de la guerra le habían obligado á llevar el grueso de sus fuerzas hacia el centro de Alemania y hacia Bohemia, había desguarnecido las provincias renanas dejando únicamente sobre nuestra frontera una débil línea de tropas muy fácil de romper. Por este lado hallábase á merced de Napoleón; pero ¿era éste un cómplice, un complaciente, un moderador ó un árbitro? ¿Quién podía saberlo! ¿Acaso lo sabía el mismo emperador? Esta idea acosaba al hombre de Estado prusiano, que antes de partir Govone se había franqueado con él sobre este particular. «No es muy tranquilizador, decíale un día, comenzar la guerra con la amenaza de trescientos mil hombres que pueden atacarnos por la espalda cuando estemos seriamente comprometidos.—¿Y no podríais aseguraros la Francia con alguna concesión?, replicó el italiano.—Hay el Mosela ciertamente, respondió Bismarck como si hablara consigo mismo. Por mi parte, soy más alemán que prusiano, pero ¿qué diría el país?, ¿qué diría el rey?» En concepto del primer ministro, el proyecto de congreso no habría tenido más que una ventaja, la de darle un pretexto para ir á París á fin de entenderse con el emperador; mas no pudiendo tratar con el soberano directamente, dirigióse al Sr. Benedetti á quien había interrogado ya varias veces, aunque siempre inútilmente. «¿Pero no me habéis dicho, replicó nuestro embajador, que el rey estaba resuelto á no abandonar porción alguna del territorio prusiano?» Ante esta objeción, Bismarck juzgó oportuno insinuarse algo más: «Tal vez no sería del todo imposible, atreviéndose á decir, conseguir del rey que cediera á Francia las orillas del alto Mosela; y con esta adquisición, unida á la del Luxemburgo, tendríais una frontera á vuestra satisfacción (2).» Esta vez el tentador se descubrió más de lo que hasta entonces había hecho; la proximidad del primer choque y la magnitud de los temores embotaban algo los escrúpulos y se aceptaba ya, aunque con repugnancia, la idea de sacrificios que poco antes habrían parecido inmorales é impíos. Fuese cual

(1) Informe del Sr. Barral, 8 de junio (*Un peu plus de lumière*, pág. 306).

(2) Carta del Sr. Benedetti, 4 de junio (*Ma mission en Prusse*, pág. 165).

fuere la sugestión, el Sr. Benedetti no la recogió; pero lo que sí hizo fué comunicar en seguida á París todo lo que acababa de averiguar.

Si el gobierno de las Tullerías, renunciando á la política de conservación territorial, la única buena, la única digna de Francia, se decidía por la política de las ganancias, ninguna ocasión podía encontrar más propicia que la que entonces se le presentaba: Napoleón tenía aún por algunos días á Bismarck en sus manos; no habiendo sabido ni habiendo querido imponer la paz, dejó pasar por delante de él, sin cogerlos, los beneficios de la guerra, y cuando juzgó inevitable el conflicto, encariñóse con el papel de árbitro y se complació, en lo sucesivo, en una sola perspectiva, la de las coyunturas que le ofreciesen las equilibradas probabilidades de la lucha.

Sin embargo, en el momento en que iban á romperse las hostilidades, Napoleón sintióse acosado por una doble inquietud, pensando primeramente en Italia y luego en la opinión pública de su propio país.

«El emperador, escribía por aquel entonces el señor Nigra, ha hecho por nosotros todo cuanto podía hacer sin desenvainar la espada.» Este homenaje es altamente justo, pues la inagotable benevolencia de Napoleón valió á Víctor Manuel una felicidad inapreciable, la de verse asegurado contra sus propias derrotas. Fracasada la idea del congreso, el Sr. de Gramont regresó á toda prisa á Viena. Dos veces en aquel año 1866, en marzo y en mayo, habíanse entablado negociaciones á propósito de Venecia, y en vísperas de la ruptura de hostilidades se reanudaron aquellas gestiones que nunca habían quedado del todo suspendidas; y se reanudaron entre París y Viena sin intervención del gobierno de Florencia, demasiado ligado ya á Prusia para que pudiera separarse de ésta. El Austria, como precio de nuestra neutralidad, obligóse, mediante un tratado secreto que se firmó en 12 de junio, á entregar Venecia á Francia después de la guerra y cualquiera que fuese el resultado de la misma. Así trabajaba el emperador por Italia, aun sin ésta saberlo. Tres meses después, Napoleón, cuyos favores habían sido tan mal correspondidos, recordó al conde Arese en tono de reproche hasta dónde había llevado su benevolencia.

Al mismo tiempo que aseguraba la suerte de Italia, preparaba el emperador para su país la exposición de su política. El día 12 de junio, al inaugurarse la legislación, el Sr. Rouher leyó el programa imperial, que estaba redactado en forma de carta dirigida al Sr. Drouyn de Lhuys. Napoleón enumeraba con gran claridad las causas del conflicto que eran tres: los defectuosos límites de Prusia, las aspiraciones de Alemania y la necesidad, para Italia, de asegurar su independencia nacional. Si el congreso se hubiese reunido, seguía diciendo el monarca, habríamos deseado para los Estados secundarios de la confederación una unión más íntima, un papel más importante; para Prusia más homogeneidad y fuerza en el Norte; para el Austria el mantenimiento de su gran posición en Alemania; habríamos deseado además, mediante una compensación equitativa, la emancipación de Venecia... Por lo que á nosotros toca, habríamos rechazado toda idea de engrandecimiento territorial mientras no se hubiese roto el equilibrio. Después de haber hablado así, mencionaba Napoleón